

**DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO
A LOS RECTORES DE LOS SEMINARIOS MAYORES Y PROPEDEÚTICOS DE FRANCIA**

Sala del Consistorio Sábado, 25 de enero de 2025

Queridos Rectores,

Es una alegría recibirlos con ocasión de su peregrinación jubilar, durante la cual se han reunido para reflexionar sobre la formación sacerdotal. Este es un camino de discernimiento en el que ustedes desempeñan un papel esencial. Ustedes son como el viejo sacerdote Elí que dijo al joven Samuel: «Si Él te llama, dirás: “Habla, Señor, porque tu siervo escucha”» (1 Sam 3,9). Ustedes son la presencia reconfortante, la brújula para los jóvenes confiados a su cuidado.

San Pablo VI afirmó que «el hombre contemporáneo escucha más de buena gana a los testigos que a los maestros, o si escucha a los maestros, es porque son testigos» (Audiencia General, 2 de octubre de 1974). Esto se aplica seguramente a los formadores en los seminarios. Su testimonio coherente de vida cristiana ocurre dentro de una comunidad educativa, cuyos miembros son, en el seminario, el obispo, los sacerdotes y religiosos, los profesores, el personal. Esta comunidad, sin embargo, se extiende a donde el seminarista es enviado: a las parroquias, a los movimientos, a las familias. La formación comunitaria, por lo tanto, es unitaria, tocando todas las dimensiones de la persona y orientándola hacia la misión.

Para que el seminario pueda ofrecer este testimonio y convertirse en un espacio favorable para el crecimiento del futuro sacerdote, es importante cuidar la calidad y autenticidad de las relaciones humanas vividas allí, similares a las de una familia, con rasgos de paternidad y fraternidad. Solo en este clima puede instaurarse la confianza recíproca, indispensable para un buen discernimiento. El seminarista podrá entonces ser él mismo, sin miedo a ser juzgado de manera arbitraria; ser auténtico en sus relaciones con los demás; colaborar plenamente en su formación para descubrir, acompañado por los formadores, la voluntad del Señor para su vida y responder libremente.

Los candidatos que se presentan al seminario son, hoy más que nunca, muy diversos entre sí. Algunos son muy jóvenes, otros ya tienen una larga experiencia de vida; algunos poseen una fe arraigada desde hace mucho tiempo y madura, para otros es muy reciente; provienen de diferentes contextos sociales y familiares, de diferentes culturas; sobre todo, han percibido el llamado dentro de los muchos movimientos espirituales que la Iglesia conoce hoy. Es ciertamente un gran desafío proponer una formación humana, espiritual, intelectual y pastoral a una comunidad tan diversa. La tarea de ustedes no es fácil. Por eso, la atención al recorrido de cada uno, así como el acompañamiento personal, son más indispensables que nunca. Por eso, es importante que los equipos de formación acepten esta diversidad, sepan acogerla y acompañarla. ¡No tengan miedo de la diversidad! ¡No tengan miedo de ella, es un don! La educación para acoger al otro, tal como es, será la garantía, para el futuro, de un presbiterio fraterno y unido en lo esencial.

El objetivo del seminario está claro: «formar discípulos misioneros “apasionados” por el Maestro, pastores “con olor a oveja”, que vivan en medio de ellas para servir las y llevarles la misericordia de Dios» (RFIS, n. 3). Esto supone un cierto número de criterios innegociables para la ordenación. El seminario, sin embargo, no debe buscar formar clones que piensen de la misma manera, con los mismos gustos y opciones. La gracia del sacramento se arraiga en todo lo que enriquece la personalidad única de cada

uno, personalidad que debe ser respetada para producir frutos de diversos sabores, de los cuales la misma variedad del Pueblo de Dios necesita.

Entre los puntos a los que es importante prestar atención, quisiera destacar tres. El primero es el cuidado en formar una verdadera libertad interior en el candidato. ¡No tengan miedo de esta libertad! Los desafíos que enfrentará a lo largo de su vida requieren que sepa, iluminado por la fe y movido por la caridad, juzgar y decidir por sí mismo, a veces yendo contra la corriente o asumiendo riesgos, sin alinearse con respuestas prefabricadas, prejuicios ideológicos o el pensamiento único del momento. ¡Que maduren el pensamiento, el corazón y las manos! Las tres cosas deben estar en coherencia: lo que se piensa, lo que se siente y lo que se hace. Los tres lenguajes: el de la mente, el del corazón y el de las manos. Que haya coherencia entre ellos.

El segundo punto se refiere a la maduración, en el candidato, de una humanidad equilibrada y capaz de relaciones humanas. El sacerdote debe ser llevado a la ternura, la cercanía y la compasión. Estos son los tres atributos de Dios: ternura, cercanía y compasión. Dios es cercano, es tierno, es compasivo. Un seminarista que no es capaz de esto, no sirve. ¡Es importante! No hay necesidad de insistir en el peligro que representan personalidades débiles o demasiado rígidas, o los desórdenes de carácter afectivo. Por otro lado, el hombre perfecto no existe, y la Iglesia está compuesta por miembros frágiles y pecadores que siempre pueden esperar progresar; el discernimiento de ustedes sobre este punto debe ser tanto prudente como paciente, iluminado por la esperanza. ¡No tengan miedo de las debilidades y los límites de sus seminaristas! No los condenen rápidamente, sino que sepan acompañarlos. Lo que se llamaba el martirio de la paciencia: acompañar.

El tercer punto es la orientación decidida de la vocación sacerdotal hacia la misión. El sacerdote existe para la misión. Un sacerdote que hace "monsieur l'abbé" no sirve para la misión. Eso no funciona. El sacerdote existe siempre para la misión. Aunque, naturalmente, ser sacerdote implique una realización personal, no se convierte en sacerdote para sí mismo, sino para el Pueblo de Dios, para hacerlo conocer y amar a Cristo. El punto de partida de esta dinámica solo puede estar en un amor cada vez más profundo y apasionado por Jesús, alimentado por una formación seria en la vida interior y por el estudio de la Palabra de Dios. Es difícil imaginar una vocación sacerdotal que no tenga una fuerte dimensión oblativa, de gratuidad y de desapego de sí mismo, de sincera humildad; y esto debe ser verificado. Solo Jesús llena de alegría a su sacerdote. Ahora bien, no es raro que, a lo largo del camino, algunos terminen poco a poco "sirviéndose a sí mismos". Cuidado, especialmente con el dinero. Mi abuela siempre nos decía: "El diablo entra por los bolsillos". Por favor, la pobreza es algo muy hermoso. Servir a los demás. Y tengan cuidado con el carrerismo, con la mundanidad, con los celos, con la vanidad. Que el amor por Dios y por la Iglesia no se convierta en un pretexto para la autopromoción. Cuando encuentran a algún eclesiástico que parece más un pavo real que un sacerdote, es triste. Que el amor por Dios y la Iglesia no sea un pretexto: que sea verdadero.

Queridos Rectores, gracias por su visita y por el servicio que prestan a la Iglesia. La tarea de ustedes no es fácil, pero los animo a perseverar con confianza y esperanza, bajo la guía del Espíritu Santo y la protección de la Virgen María. Por eso, los bendigo de corazón a ustedes y a sus comunidades. Y, por favor, no se olviden de rezar por mí. ¡Gracias!